La plegaria inútil

Yo no sé, Señor, ya que así se os llama, si sois mi amo, ni si existís siquiera; porque mi aliento es un estertor, y, en resumen, no soy más que un poco de ceniza puesta al borde de los tiempos sin fin.

Cumplo como puedo mi deber y mi tarea, sin levantar mucho la vista hacia las lejanas cimas; pero si existís y queréis que yo lo sepa, ¿por qué no os presentáis jamás?

Mirando de cerca las cosas que hacéis, si fuera verdad que las hacéis así, no puedo consideraros como indulgente para mis penas y solícito para mis inquietudes.

Si desde lo alto veláis sobre el globo en que nos hallamos, si vuestros ojos se dirigen á todas partes y todo lo ven, sabréis que viendo llorar otros hombres lloro también y sufro mucho.

Pero vos nada hacéis para enjugar sus lágrimas, y, debiendo ser mejor que yo, los abandonáis, ignorantes y sin armas, lejos de vuestra justicia y sin explicarles la causa.

Al fin de sujetarnos al error de los antepasados, y para que los malos queden siempre vencedores, permitís que los tunantes que se llaman vuestros sacerdotes deformen los cerebros y desfloren los corazones.

Les permitís explotar el misterio, grabar la mentira en la piedra del altar y hacer que corra más sangre sobre la tierra que estrellas habéis sembrado en el cielo.

Vuestra complicidad me turba y me espanta; vos, que debéis vigilar siempre, sois como un amo que duerme en brazos de su servidora mientras los ladrones saquean su bodega.

Vuestras manos de justiciero permanecen inactivas: no tenéis piedad, ni pena, ni remordimiento cuando amos repugnantes vendimian con sus espadas para las tinas de la muerte.

En los amargos golfos, bajo el agua inconmensurable, entre el alga y la roca levantada como un pavés, rodeáis de cuidados la concha purpúrea con que el esclavo ha de teñir el manto de sus reyes.

Dedicáis, como poeta terrible y soberbio, el mar á la tempestad y el ser al dolor, y olvidáis que sois el Verbo cuando un tirano siega la idea en flor.

Servís la arena al corcel del bárbaro; os manifestáis complaciente ante los códigos malhechores, cuando un juez insensato reviste con su toga los cadalsos cortados en los bosques.

Lleváis una parte de vergüenza en nuestros escándalos, ya que aprobáis, aceptándole, el rumor de las ropas virginales que se deslizan descubriendo desnudeces vendidas á nuestras lubricidades.

Si creyese en vos sin alentar una duda, os diría: «¡Señor, tened piedad de nosotros! Descubridnos la emboscada, enseñadnos el camino, defended vuestras ovejas contra el diente de los lobos.

»Haced que la labor del hombre y la de la abeja no doree más la colmena ociosa de los abejorros; aconsejad al pensador en sus vigilias, impedid que la serpiente nos muerda el calcañar.

»Salvad el buen nombre de los que se van; proteged el oro de los trigos que colman nuestros celemines; dejadnos tiempo para que nuestros días se regocijen con el murmullo de los nidos y de las cunas.

»Arrojad el prejuicio, el miedo, el estudio falso, á la manera que uno de vuestros rayos disipa las nieblas; haced que los hijos, ricos de gratitud, sean al borde del sepulcro el báculo de los ancianos.

»Haced que florezca de bondad la cruel alma humana; quitad la biblia al cura y el hacha al verdugo; no reguéis el monte, la colina y la llanura con las lágrimas del pueblo y la sangre de los héroes.

»Preservad del fuego la granja y mantened la muela en vilo; libradnos del granizo á la dulce vuelta de abril, y seáis vos y no yo pobre infeliz quien, después de haber escuchado, digáis: «¡Amén!»